

rá conocerlas. La ambición intelectual que pretende explicarlo todo, no es más que el orgullo de una debilidad que no se conoce (1).

(1) Para complemento del presente capítulo véase la primera parte del cap. 2.º tomo I.

CAPÍTULO IX.

DE LA VERSATILIDAD RESULTANTE DE INTERMITENCIAS EN LA DUDA.

«El espíritu de los hombres más grandes del mundo no es independiente hasta tal punto, que no se halle sujeto á verse turbado por el rumor más insignificante: no os cause sorpresa que al presente razone mal: es que una mosca zumba junto á su oído (1).

Tales son, según Pascal, las vicisitudes de la inteligencia aplicada á las cosas sensibles. Calcúlese despues de esto cuáles deben ser sus va-

(1) Pensamientos.

riaciones en sus relaciones con lo invisible! El Dios del Evangelio ha descrito indirectamente las oscilaciones de la fé cuando ha dicho á la humanidad: *«Esperad un instante y me veréis; esperad un instante y no me veréis (2).»*

Y en efecto, no es mucho lo que se necesita para que se oscurezca ó para que se ilumine nuestro horizonte intelectual. No es cosa extraña vernos alternativamente creyentes y escépticos, así como nos sentimos robustos ó valetudinarios segun nuestros achaques y el estado de la atmósfera. Afortunadamente la incredulidad que sufre intermitencias, es solo una fé que padece y que por lo tanto es más meritoria.

Hay fuentes que solo manan á intervalos, si quiera no se agote jamás su misterioso manantial. Lo propio acontece con la fé en algunos: siempre subsistente en el fondo, solo por momentos tiene el sentimiento de sí misma.

Esos letargos, más ó ménos prolongados, de nuestra convicción íntima, reconocen como causas, ora la inestabilidad de nuestras ideas, ora la manera normal de afectarnos en presencia de lo

(2) S. Juan 27.

divino, ora la tentación. Estas tres causas aisladas ó confundidas en proporciones variables, explican fenómenos todavía mal estudiados, concernientes á la vida de las creencias religiosas.

La inestabilidad de las ideas engendra desde luego muchas dudas efímeras que en nuestro concepto equivalen á ausencia de fé, siendo así que constituyen una prueba de ella. Muchos son los hombres que pierden y recobran su fé con la misma facilidad que el apetito ó el buen humor: lamentándose de ello en nombre de la razón, pero son el juguete de sus impresiones y no obstante de que imaginan dirigirse al norte como la flecha de la brújula, giran á merced de los vientos como la veleta.

Todo el mundo ha conocido seres de esos que vibran espontáneamente bajo las más encontradas influencias: creyentes en la iglesia, escépticos en los salones, cristianos al recorrer las páginas del Evangelio, libre pensadores cuando se consagran á la lectura de Voltaire; mudan de religion como de periódico, dispuestos siempre á responder al postre son que tes ha herido.

El deber superior de tales inteligencias, consiste en desconfiar de su primer movimiento, y en someter sus juicios á cuarentenas de observación, con la circunstancia de que semejante

proceder es en ellos obligacion de prudencia al par que deber de conciencia, porque todo aquel que no deduce sus consecuencias con esta lentitud perservadora, compromete la parte seria de su carácter, convirtiéndose al par que en creyente de ocasion, en un espíritu mudable y tornado.

Para que sean equitativos nuestros juicios relativos á la religion, es indispensable que las cosas pasen en nuestro fuero interno como en los tribunales; por consiguiente cuando la duda ha presentado sus acusaciones, debe contestar la razon, y oidas las respectivas defensas, y tomándose el tiempo necesario para meditar la sentencia, la conciencia pronunciará el fallo correspondiente. Los que en sus juicios antireligiosos prescinden de semejantes formas, hácese culpables de una negacion de justicia respecto á Dios, porque proceden con él, como los tribunales revolucionarios respecto de sus victimas, es decir, escuchando la acusacion y prescindiendo de la defensa ó rechazándola. Al presente las nubes cubren la diatinidad y transparencia de la bóveda celeste; pues bien, suspendan hoy sus observaciones y mañana serán más exactas: si la causa perturbadora de la fé fuese una lectura imprudente, busquen en otra lectura la fuerza

que hubiesen perdido: si las repentinas tinieblas reconocen por origen un disgusto, una decepcion, búsqese la luz en la práctica de buenas acciones: en una palabra, hágase por medio del trabajo meditado, un verdadero contrapeso á las impresiones, y si se dá tiempo al tiempo antes de tomar una resolucion definitiva contra la verdad, esta acabará por triunfar del error.

La incredulidad, por punto general, no es más que una conclusion precipitada. Hay en la vida algunas horas infortunadas que pertenecen á la duda; pero el conjunto de aquella, sus dias más serenos y especialmente su agonía pertenece á la fé.

Además de la inestabilidad de las ideas, existe en nuestro espíritu otra disposicion especial que causa en nosotros eclipses pasajeros: esta disposicion es una anomalía de nuestra impresionabilidad en presencia de lo sobrenatural. Aun cuando todas las almas sean *naturalmente cristianas*, por lo mismo que el cristianismo está en armonía con las buenas tendencias de su naturaleza, no lo son hasta tal punto que el cristianismo las penetre sin esfuerzo, ni lo toleren sin oposicion.

Almas hay á las cuales parece faltar el sentido de lo sobrenatural, como hay otras á las cuales falta el sentido literario, ó el musical, y otras

que carecen de eso que la frenología llama órgano de la benevolencia, de las matemáticas, etc. No permita Dios que fundados en lo que acabamos de decir, considerémos la irreligion como un instinto insuperable, y una fatalidad de temperamento. No; la fé se parece á todas las virtudes: los que no la poseen porque no constituye para ellos un encanto, pueden llegar á ella por un movimiento de la voluntad bajo el impulso de la gracia. De esta manera llega á ser más sobrenatural, en cuanto es una predisposicion ménos natural; mas de aquí se sigue que la fé pasa en algunas almas por todas las vicisitudes que caracterizan los actos no espontáneos: se inflama ó languidece, vive ó vejeta en virtud de mil encontrados accidentes. Con todo, áun en sus estados de crisis existe, puesto que sufre, importando muy poco que un alma no sea religiosa por inclinacion; toda vez que si llega á serlo en fuerza de su voluntad es todavía muchísimo mejor.

Son sin embargo, verdaderamente dignos de lástima, los que se hallan en semejante situacion. Por lo mismo que su facultad de comunicacion con Dios está sujeta á error, es ménos *conductora* de los rayos sobrenaturales; sólo en este caso deberían acusar al instrumento, de los eclipses del

objetivo, no al mismo objetivo. Cuando las verdades de la fé desaparecen de nuestro horizonte, ¿por qué juzgamos más admisible su no-existencia, que la insuficiencia de nuestro órgano visual?

Y sin embargo, cuántos son los hombres que sin otro motivo, permanecen refractarios á la revelacion, uniendo en su incredulidad, una buena fé de intencion que sorprende á injusticias de hecho que sorprenden más todavía. De semejantes incrédulos decia José de Maistre: "No hay nada más peligroso que los malos libros, escritos por hombres excelentes cegados por la pasion."

Un dia, en tanto que Beethoven dirigia la ejecucion de una de sus más bellas composiciones, la orquesta dejó de repente de seguir el movimiento marcado por el maestro: este en el primer instante se incomodó, turbóse luego, é inmediatamente arrojó llorando el arco del violin con que marcaba el compás. Acababa de adquirir el convencimiento de que habia ensordecido.

Los ciegos de que estoy hablando deberian proceder como este sordo sublime, y si á la primera desaparicion de la luz se lamentan de la luz misma, despues que hayan reflexionado, ¡el

espíritu de justicia no les llevará á acusar su conformacion intelectual?

Despues de la poca firmeza de nuestras ideas, y del estados anormal de lo que podria llamarse nuestra facultad religiosa, la tercera causa generatriz de intermitencia en la duda, es la tentacion.

La duda surge unas veces de la region intelectual, otras de las profundidades del alma: en el primer caso es razonada y descansa en las alegaciones positivas del espíritu; esta obra está consagrada á contestarla: en el segundo no tiene nada de lógico, no es más que una angustia instintiva de la conciencia, y deja de ser un acto de razon, para transformarse en tentacion. Angustia cruel, sin embargo, porque nada puede explicar el estado de una alma que incesantemente cree percibir el crujido que le anuncia que el edificio de sus creencias está próximo á derrumbarse, sin poner atinar en el punto de dónde procede el soplo que ha de determinar su ruina.

Desde S. Pedro exclamando; «Señor, salvados que vamos á perecer,» hasta santa Teresa, comulgando con disgusto despues de veinte años, casi todos los amigos de Dios han sentido esta obsesion dolorosa. Antes de llegar al Tha-

bor su fé se detiene muchas veces en el jardín de Gethsamani, mas en vez de debilitarse con semejantes pruebas, encuentra en ellas una nueva consagracion y una garantía más, porque el autor y el consumidor de la fé ha dicho: *Felices aquellos que han creído sin haber visto* (1).

Como semejante duda nada tiene de filosófica, es filosófico oponerle la fé pura y sencilla conocida vulgarmente con el nombre de fé del carbonero. Los actos cristianos son al par el efecto y la antorcha de la conviccion cristiana. Portándose como si no dudará, es del único modo que merece el hombre ver terminar sus dudas.

Por lo demás repitamos á esas almas, victimas de la incredulidad involuntaria, que Dios no ha establecido el asiento de nuestras virtudes en la inteligencia ni en el sentimiento, sino en la voluntad. Hé ahí porque un hombre poco casto de imaginacion, de corazón y hasta de cuerpo, puede llegarle á ser de una manera muy meritoria, como su intencion sea eficaz. Hasta el mismo amor divino, dice santo Tomás, no reside en la sensibilidad, y con frecuencia es efectivo sin ser afectivo, pues Dios es el único ser

(1) S. Juan 87.

que satisface con ser amado de la manera que nosotros tememos serlo, es decir por caridad. ¿Porqué razon ha de acontecer otra cosa con la fé? Si el simple deseo de amar á Dios es un principio de amor, la desesperacion resultante de no creer lo suficiente, constituye una fé superior á la fé comun, puesto que es la expresion de una fé mártir de su propia humildad.

Concluyamos y resumamos valiéndonos de las palabras de oro de un gran apologista.

«Creed que creéis apesar de vuestras dudas: la fé no es en manera alguna el sentimiento de la fé. El sentimiento va y viene: la fé es independiente de él y subsiste sobre una base más estable y más lógica: la palabra de Dios y sus testimonios. Hállase alegada mejor que aumentada por el sentimiento; subsiste tanto más por ella misma, en cuanto se contiene y obra sin este sentimiento y consiste en el más alto grado en la intencion. Es una voluntad activa, de sumision y de fidelidad. Ya he dicho que es una lámpara que no ilumina siquiera la mano que le lleva, y entonces está en la mejor condicion meritória de la fé.

«Convegno en que esta no es la fé comun: por punto general la fé tiene el sentimiento apacible y á veces vivísimo de su objeto y de sí mis-

ma; pero la fé que se halla desprovista de este sentimiento, es más de lo que debiera ser su propia naturaleza: más meritória, más excelente, más agradable á Dios, que la contempla con complacencia en la prueba á que la somete: es es más digna y se halla más próxima al objeto de que se cree indigna y apartada: la union con su Dios (1).»

De todo lo expuesto resultan dos verdades en alto grado consoladoras: es la primera que la fé brilla en algunas almas por medio de centellas irregulares como acontece con la luz de los astros, siquiera la luz de su foco no disminuya en intensidad; consiste en la segunda en que la fé, como la belleza, puede poseerse sin darse cuenta de ello.

(1) M. Augusto Nicolás, El Arte creer.

sino en virtud de una especie de refraccion que le desfigura.

Existe en nosotros lo que podríamos llamar el individuo y el personaje (1) aquel representa al hombre natural, este el hombre oficial. A veces el personaje absorbe al individuo. Es preciso convenir, sin embargo, en que el primero tiene siempre algo de ficticio, por lo mismo que se halla formado por la posicion y no por la naturaleza, y cuando hace dudar al individuo, la duda es el efecto de una anomalía, mejor que de una tendencia legitima.

«Todo nuestro daño, dice la Bruyere, nace de no poder estar solo (1).» Casi nunca se retrocede delante de pena alguna para poder disfrutar de la ventaja de huir. La vida se recorre en medio de la mayor agitacion, á fin de tener que pasar consigo mismo el menor tiempo posible, y cuando se ha logrado crear una especie de torbellino en derredor de la propia existencia, lo mismo que cuando se pierde un amigo en medio de la barahunda, deja de verse á Dios á través

(1)

(1) El ho

CAPITULO X.

DUDAS RESULTANTES DE LA DISIPACION.

El reino de Dios está en medio vosotros, ha dicho el Evangelio: verdad capital en el sentido místico, puesto que indica el recogimiento como condicion esencial de la perfeccion; pero verdad no ménos importante bajo el punto de vista dogmático, de donde resulta que muchos espíritus sólo se alejan de Dios en cuanto se alejan de sí mismos. Para distinguir á Dios, es indispensable contemplarlo desde el fondo de su propio corazon: cuando se le contempla desde la parte exterior, cosa que acontece cuando no se habita en su propia morada, no se le ve directamente,

de los obstáculos y de las complicaciones del camino.

Muchos hay que creerían en la verdad, como tuviesen tiempo para ocuparse en ella; mas esos hombres interiores de que nos habla Maine de Biran, que ven medio del mayor movimiento exterior tienen un ojo que mira hacia dentro, que están en presencia de Dios y de su propia presencia, y que jamás pierden de vista los dos referidos polos de su ser (1), ni son por desgracia en número muy reducido. De ser este tan pequeño, resulta que abunde extraordinariamente el de los incrédulos, puesto que de la disminución de la fé, como de las buenas costumbres, puede decirse: «Si la tierra se halla desolada, consiste en que nadie se reconcentra en su corazón [2].»

A la cabeza de esta categoría de incrédulos, que podríamos llamar escépticos atareados, colocamos ciertos hombres políticos. Su principal tentación contra la fé, proviene indudablemente de su poder; la fuerza y la habilidad dánles fre-

(1) Diario íntimo,

(2)

cuentemente razón contra la justicia; crean en el poder de sus cálculos más que en la misma Providencia; pero, con todo esto, existe en el fondo de sus conciencias un manantial de incredulidad más peligroso que su mismo poder, y son sus preocupaciones. Encerrados continuamente en un cuarto de estudio que ni siquiera abandonan en los instantes en que permanecen ausentes, no conocen á Dios por sus obras, ó mejor, no le distinguen sino en virtud de su obra al par más bella y enigmática, el hombre. A la vista de semejante espectáculo, engéndrase en ellos una filosofía pretenciosa, y un desden inmenso por su propia especie, que son gérmenes de escepticismo.

El que contempla el mundo con la sonrisa de Talleyrand, no puede distinguir en él á Dios, porque sólo se ve á sí mismo; es decir, el poder de sus combinaciones. En semejante situación, la vida no es para él otra cosa más que una cuestión diplomática, que debe resolverse en su propio provecho, y el universo un vasto tablero de ajedrez en el cual el primer peon que debe moverse son los principios, si es conveniente ofrecer este sacrificio á lo que se llama razón de Estado. Añádanse á estas tristes disposiciones la serenidad interior, turbada por el tumulto de los

negocios, el candor natural marchitado por contactos ponzoñosos, y se comprenderá que basta lo dicho para determinar una enfermedad de la razón y del corazón, irremediablemente opuesta á las afirmaciones religiosas.

¿Qué ha menester ese escéptico de alto cotur- no para penetrar nuevamente en la verdad ántes de terminar su existencia? El tiempo indispensable para descansar en un hogar virtuoso, pensando algo menos en los acontecimientos de Europa, y algo más en sí mismo. Aquel espíritu que, presa de la agitación, no podía reflejar la imagen de Dios, en cuanto haya recobrado la tranquilidad, como las aguas de un lago, será un espejo brillante de luz celeste. La Providencia, que para él había pasado desapercibida en mes- dio de la complicación de los acontecimientos públicos, aparecerásele en la sonrisa de sus hijo- y en las ternas caricias de su dulce compañera: en una palabra, en cuanto haya vuelto en sí reaparecerá en él la fé, porque su escepticismo no proviene de que sea hombre, sino de ser hom- bre de negocios.

En el número de los incrédulos por disipación pueden incluirse también muchos trabajadores. Los primeros son los preocupados por el libre pensamiento, los segundos los ocupados. Traba-

jadores de la fábrica y del taller, sin derecho al reposo del domingo, ni al de la oración, dudan, por lo mismo que llegan á sus oídos frecuentes acusaciones contra Dios, sin que al par llegue jamás la justificación del mismo. Trabajadores de la especulación ó de la oficina, pasan los días festivos ocupados en sus habituales quehaceres, y no en la iglesia, y calumnian á la Iglesia, más por sobra de ignorancia que por exceso de orgullo. Trabajadores del pensamiento, se hacen irreligiosos, porque el culto de la gloria, de la fortuna y de sus propias ideas, ocupa el lugar de todo lo demás, y como por otra parte se halla su espíritu nutrido superabundantemente, en perjuicio de su alma, toda la potencia afirmativa abandona su alma para concentrarse en su espíritu. En semejante situación, el hombre niega porque le falta tiempo para profundizar; es escéptico porque vive distraído, y acaba por desconocer á Dios perdiendo el conocimiento de sus necesidades más imperiosas.

Después de los hombres entregados á los negocios de la política y del trabajo, vienen los que pasan su vida en medio de los placeres: espí- ritus que, por lo mismo que viven constantemente fuera de sí, no pueden ver lo que sólo desde

dentro puede distinguirse. ¿Tienen motivos para quejarse de que no distingán los objetos, los que gozan en vivir incesantemente aturdidos? Cuando se vive dentro de la atmósfera de los bastidores y el círculo del casino y del periodismo, de la política y del mentidero, de la galantería y de la moda; cuando no se sabe vivir como no sea escuchando incesantemente el zumbido de esa colmena humana que se llama la ciudad populosa; cuando sólo se distingue el cielo al través de una ventana que cae á la calle de Rivoli, y la naturaleza en los árboles del jardín de las Tullerías; en suma, cuando se busca el París de siempre hasta en los establecimientos de baños situados en las orillas del Rhin, ó en las faldas del Pirineo, y se arregla la vida de manera que no puede pasarse un sólo minuto frente á frente con el alma, no hay para qué sorprendertse de que se llegue á la muerte sin haber encontrado á Dios en un camino en el que no se encuentra el hombre á sí mismo.

No se pierda de vista que el hombre, corriendo solo distingue las cosas á medias: la estabilidad, la quietud, son condiciones indispensables para la recta contemplacion. Acontece con Dios lo que con los demás objetos: para revelarse exige ser contemplado; por esto queda re-

ducido á la condicion de una especie de misterio para los que atraviesan la vida cual si viajaran en tren expreso, y que ni en las estaciones santas se detienen para contemplarlo con la debida atencion.

¡Coincidencia verdaderamente singular! Los hombres más distraídos, son los que viven más hastiados. Para evitar el fastidio se entregan á la distraccion, y esta les sume de nuevo en aquel. Mucho tiempo ha transcurrido desde que Lucrecio describió con vívidas tintas ese fiebre devoradora, que consiste en huir los halagos de una morada fastuosa y llena de todas las comodidades apetecibles, para buscar en la plaza y en la calle una distraccion que pueda cautivar el alma; y en dirigirse á la casa de campo, *como si en ella se hubiera declarado un incendio*, y en tomar aprisa corriendo, apenas llegando á ella, el camino que conduce á la ciudad, por haber encontrado en sus umbrales el hastio de que se pretendia huir.

Pues bien, el hastio, que es el terror de ciertas naturalezas, podria devolverles la fé que han perdido; porque el hastio, no lo olviden, es a reflexion obligada y por tanto el correctivo de la distraccion immoderada. Semejante estado deja como consecuencia un vacío en el alma, y

cuando esta advierte que solo Dios puede llevarlo, entre á veces en posesion de Dios, por una secreta necesidad de salvacion.

Dichosos aquellos que á consecuencia de haber perdido la libertad, ó por reverses de fortuna, ó por las injusticias del mundo, véanse precisados á hacer un alto en su existencia y á sentir el espantoso hastio resultante de la soledad. Muchas veces basta esto para regenerar á los que habia extraviado el ruido del mundo. La nostalgia que experimentan las almas desterradas de la fé, bastaria á salvarlas, si tuvieran el tiempo necesario para examinarsé á si mismas; ¡mas ay! cuantos son los que ántes de haber penetrado en el interior de su conciencia, perecen en la embriaguez como el rey de Judá.

¿De qué proviene por ejemplo, que los habitantes del campo, sean por punto general, más religiosos que los de las ciudades? No de que sean más ignorantes, sino de que viven más recogidos. La sociedad de la naturaleza conduce al hombre á su interior, en tanto que la de los hombres, le lleva fuera de él: de dónde resulta que la naturaleza se asemeja á esos templos en los cuales hasta las mismas sombras contribuyen á la adoracion, y cuyas sublimes armonías hacen pensar en Dios. Es esta una ver-

dad descrita con las tintas más delicadas por un observador profundo. «En el seno de las ciudades diríase que el hombre es el gran asunto de la creacion: en ellas brilla su aparente superioridad; en ellas parece dominar la vasta escena del mundo, ó hablando más propiamente, ocuparlo solo; pero cuando ese ser tan fuerte, tan orgulloso, tan lleno de sí mismo, tan exclusivamente preocupado por sus intereses, en el recinto de las ciudades, y entre la muchedumbre de sus semejantes, encuéntrase por azar en medio de una naturaleza inmensa, ¡cuán solo se contempla ante ese cielo sin fin, ante el horizonte que se distingue en lontananza, y detras de cuyos límites se encuentran todavía nuevos horizontes, en medio de las grandes producciones de la naturaleza que le abruman, si no por su inteligencia, por su masa! Y más tarde al contemplar desde la cima de elevada montaña y bajo la luz de las estrellas, pequeñas aldeas que se pierden en el interior de frondosos bosquecillos, bosquecillos que á su vez se pierden en la extensa perspectiva, y considera que dichas aldeas hallan se pobladas por seres tan miserables como él mismo, y luego compara esos seres y sus miserables viviendas con la naturaleza que le rodea, y esta naturaleza con nuestro mundo sobre cu-

ya superficie, no constituye él más que un punto insignificante, y este mundo con los millares de mundos que flotan en el espacio y para los cuales es él como si no fuera; á la vista de semejante espectáculo el hombre se lamenta de sus pobres pasiones siempre contrariadas, de sus miserables dichas que conducen invariablemente á la decepcion, y, sin que de ello se dé cuenta, ofrecésele la necesidad de saber lo que él es y lo que hace en la tierra, y sin quererlo tambien, propónese el problema de sus ulteriores destinos (1).»

Es decir, en resúmen, que así como las fantasmas se desvances cuando uno se aproxima á ellas, cuanto más familiarmente se vive con la verdad, tanto más se la encuentra. Y nada tiene de extraño puesto que lo propio acontece con todas las maravillas del mundo desde las bellezas del arte hasta la magnitud de las Pirámides. La contemplacion sostenida influye en que las admiremos: una mirada indiferente hace que no las apreciemos cual corresponde.

Ha dicho Fenelon que la manera de estar sólo, consiste en estar consigo mismo: es esta una

soledad de la cual son muy pocas las almas que puedan ser capaces, y como en esta soledad es dónde Dios se ofrece preferentemente, no es difícil comprender la causa de que ciertos espiritus no le vean.

IX QUINTA



propensa á la incredulidad que la satisfaccion y la dicha.

No hemos de tratarlos severamente. El incrédulo que lo es en virtud de su temperamento melancólico, es de todos el más digno de compasion: los demás necesitan llorar para que su vista se aclare; este ha llorado tanto que ha perdido la vista. Es que el dolor tiene tambien sus nieblas como tiene sus revelaciones: un fadron confiesa á Cristo en el Calvario; al paso que otro blasfema de él, lo que prueba que el hombre puede abusar de todo, hasta de la cruz que ha salvado al mundo.

Difícilmente podria creerse, si no se hubiese comprobado, que haya mortales refractarios á la esperanza, que en cierto modo se gozan en su desolacion. Cual si encontraran ser el negro el más bello de los colores, lo emplean y lo ven en todas las cosas, sin perjuicio de achacar á la humanidad la fealdad que es obra exclusivamente suya, y á Dios el mal estar que á sí mismos se proporcionan. Este malestar moral procede generalmente ó de reveses de fortuna, ó de una enfermedad especial, ó de efectos de la conciencia. ¡Cuántos espíritus podríamos señalar ora á sus propias desconfianzas, ora á las de los demás,

CAPITULO XI.



DE LAS NIEBLAS PROCEDENTES DE PESIMISMO DE ESPÍRITU.

El mal humor, lo que en el lenguaje vulgar llamamos humor negro, hace en ciertas gentes el mismo oficio que el vidrio ahumado que impide que lleguen á la vista los rayos del sol en toda su intensidad. Esos desgraciados encuentran el mundo triste porque no saben persuadirse de que Dios se ocupe de él. En los dias de dicha la embriaguez les conducia á conclusiones materialistas; en los dias de prueba inclínanse hácia la propia pendiente por falta de valor, con la circunstancia de que la hipocondría es más

indicando la filiacion que enlaza su incredulidad á esas diferentes causas!

Los reveses de fortuna tienen el triste privilegio de cegar cuando no se convierten en leccion provechosa, y de ocultarnos á Dios, cuando no nos hacen mejores. Hacen descontentos entre los súbditos del gobierno divino y el hombre descontento de una dominacion cualquiera, es capaz de creerlo todo y de no creer cosa alguna; de creer todo aquello que puede justificar su pasion contra la autoridad, de no creer nada de lo que pueda justificar esa misma autoridad. Bajo este punto de vista encuéntranse en todos los grados de la gerarquía las supersticiones y la incredulidad de la rebelion; pero el consuelo inefable de aquellos que no andan, es pensar que Dios, más que todo otro superior, experimenta el mismo ultraje.

Y se explica perfectamente: los demás superiores, se ven alegados en sus cualidades, Dios lo es en su existencia, porque el descontento de su imperio lleva en gérmen el ateismo en sus murmuraciones, toda vez que es imposible negar á Dios sin renegar de él. Y sin embargo, ¿hay nada más injusto que este descontento impío?

¿Quiére saberse la razon en virtud de la cual

ese pensador malhumorado mira con prevenicion á la Providencia y la destierra de su *Credo*? Pues todo consiste en que el pedrisco ha asolado sus cosechas, ó porque le han salido al revés de lo que pensaba sus operaciones bursátiles, ó porque la muerte le ha arrebatado á un sér querido, ó porque padece á consecuencia de su propension á enojarse. Pero ¿sacaría las mismas consecuencias si en lugar de experimentar en sí mismo tales pruebas, afligieran estas á su vecino? Y sin embargo, ¿sería Dios más injusto en el segundo que en el primer acaso? ¿A qué pedir en este mundo felicidades que implicarian la inutilidad del otro? El órden moral que hace santos por medio de pruebas, ¿no es preferible acaso al órden material que, suprimiendo las lágrimas, haría egoistas? A más de que, ¿es posible la existencia en la tierra de seres felices como deberian serlo para justificar determinadas exigencias? Y esto sin contar que la igualdad dentro de un bienestar necesario, sería ménos honrosa que las desigualdades resultantes de la libertad (1). Preferamos pues ser víctimas á ser

1 Esta acusacion contra la Providencia, que aqui se nos representa como efecto del pesimismo del espíritu, la hemos visto ya en estado de pasion. Véase T. II. lib. I, cap. 7 y 8.

autómatas, tanto más cuánto que, propiamente hablando, no hay más víctimas entre los cristianos que Jesucristo, puesto que por lo que á nosotros dice relacion, fructificamos cuando nos vemos reducidos á padecer. Ea tanto debemos contemplar la tierra como lugar de combate, y el cielo para recibir el triunfo merecido, y vivamos desterrados en un valle de lágrimas y sea un mundo de delicias nuestra morada eterna, todo será compensado, todo tendrá explicacion, y los espiritus morosos que mutilan semejante plan, creyendo tener razones para quejarse, piden lo absurdo para escapar á lo misterioso.

Después del pesimismo de indisposicion contra Dios, existe el pesimismo de disposicion; aquel es resultado de los acontecimientos adversos, el otro es hijo de marasmo intelectual y moral.

Refiere la historia que el gran Condé, jóven áun, y padeciendo los sufrimientos inherentes á un amor vehemente, tuvo una enfermedad que puso en peligro su existencia. Llegada la dolencia á un paroxismo supremo comenzó á ceder: esta crisis saludable sucedió la convalecencia, no transcurriendo mucho tiempo antes de que el héroe se hallase completamente restablecido de sus padecimientos y de su afeccion desordenada. Tal es la inesperada revolucion que ciertas per-

turbaciones físicas pueden producir en nuestro estado moral: en muchas blasfemias, respecto de las cuales presumen sus autores obrar con completa razon, no debe verse más que *temperamento*.

La misantropía no es completamente extraña á las paradojas antisociales de J. J. Rousseau, y á las rencorosas obstinaciones de Lamennais. Un poco más ó un poco menos de negra bilis en el organismo basta para cambiar el color de nuestras ideas. Hay ciertos estados neurálgicos durante los cuales no es posible conciliar la existencia de una Providencia maternal con lo que se padece; en cambio existen otros que inspiran el ódio á Dios y el deseo de la nada; y los hay finalmente que empujan á la desesperacion, rodeando de un encanto fascinador ese crimen, que encerraría implícitamente todas las negaciones, si no fuese la consecuencia de un delirio: el suicidio.

Tal es la pendiente recorrida por una multitud de almas á las cuales la neurósis ó la bilis han reducido al último extremo. Semejantes incredulidades más han menester buenos medicamentos que apologías, y especialmente carifiosos afectos que frios razamientos. Cuando la mirada hosca y zahareña, la cabeza inyectada á veces en sangre y llena de pensamientos sinies-

tros, esos pobres alucinados reclaman socorro, no siempre produce buen efecto predicarles hablandoles de religion; pues aún cuando tengan una inmensa necesidad de Dios, casi no pueden tolerar que se les hable de él: lo que más les alivia es el llanto, de suerte que así coma se alivia el organismo quitándole sangre, algunas veces se cura á esos enfermos procurando que viertan lágrimas. Las lágrimas que no tienen salida, así como la sangre que no circula, causan terribles destrozos y para evitarlos ó remediarlos no cabe otro recurso que restablecer la circulacion.

¡Cuántos hombres rendidos y extraviados por la prueba se ven reconducidos á la verdad por medio del benéfico desahogo del llanto! Desde el momento en que los humores han recobrado su equilibrio, el sistema nervioso ha perdido su tirantez, el alma se ve libre de los dolores agudos y las santas verdades recobran su límpido esplendor. Por esto todo lo que Dios puede pedir á esos desgraciados es que no se pronuncien contra la fé en tanto conserven un resto de libertad, y que permanezcan fieles, por lo ménos con la voluntad, hasta tanto que el mal quite á esta toda su accion.

Por último: el pesimismo anti-religioso puede provenir tambien del enmolecimiento de las

costumbres, y de la cobardía de la conciencia. El amor de que ménos podemos prescindir es el nuestro: cuando lo hemos perdido puede decirse que ménos que desgraciados somos dignos de lástima, y nos vemos arrastrados ó negar en fuerza del decaimiento moral que de ello resulta. Hé ahí la gradacion segun la cual se realiza la corrupcion del espíritu por las costumbres: el hombre se eleva, ó mejor descende hasta la incredulidad por tres escalones perfectamente determinados. Sus decaimientos le hacen dudar de sí mismo, el descontento de sí mismo le hace dudar de su propio deber, y la dificultad del deber le hace dudar de Dios. Cuando el hombre se desprecia á sí mismo acaba por despreciar á la humanidad, que estima en lo que á sí mismo se aprecia, y sus desdenes subiendo de grado en grado, se extienden luego desde la obra de Dios á su propio autor.

De manera que lo negro en el fondo de las inteligencias produce el mismo efecto que las aguas corruptas de donde se exhalan las brumas.

Henos consagrado tanto espacio al estudio de las disposiciones intelectuales contrarias á la fé, porque del mismo modo que la anatomía en medicina, la diseccion moral en la apologética, es la base del arte de curar. ¡Cuántos incrédulos

hay á quienes para reconocer la verdad, les falta únicamente el conocerse mejor!

El terreno en el cual vamos á penetrar, solo se halla separado de éste por una línea imperceptible, puesto que se refiere á los estudios exclusivos y estos forman parte de los vicios constitutivos del espíritu; mas al presente ha tomado tal vuelo esta fuente de negaciones, que nos vemos obligados á concederle un lugar proporcionado á la influencia que ejerce en la incredulidad contemporánea.

LIBRO TERCERO.

DE LA INCRECULIDAD

PROVENIENTE DE LOS ESTUDIOS EXCLUSIVOS.

6

Del especialismo científico.